

Para recordar a Alejandro Aura

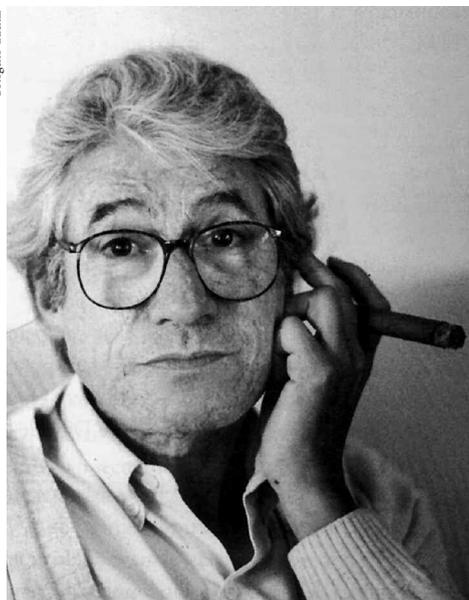
Ignacio Trejo Fuentes

Alejandro Aura (1944-2008) hizo prácticamente de todo: poeta, narrador, dramaturgo, guionista, actor, promotor cultural, funcionario, conductor de programas de televisión, bailarín, cocinero... Y sobresalió en cada actividad. En 1972 obtuvo el Premio Latinoamericano de Cuento por *Los baños de Celeste*, y al año siguiente el Premio Nacional de Poesía por *Volver a casa*.

Aunque he escuchado opiniones en sentido opuesto, Alejandro era un tipo estupefacto, generoso y muy simpático; sus charlas fueron siempre animadas, y mientras hablaba y hablaba parecía estar en el escenario. Disertaba acerca de sus innumerables viajes, de las mujeres y el amor, de las pequeñas cosas... La última vez que lo vi y hablé con él fue en la presentación de la nueva época —ésta— de *la Revista de la Universidad de México*: charlaba con Carlos Fuentes mientras éste atendía una larguísima fila de cazautógrafos.

A un año de su muerte, ocurrida en España, se publica *Cuentos y ultramarinos*, que contiene precisamente relatos y textos misceláneos que van del ensayo breve a la estampa, la crónica y disertaciones sobre la vida cotidiana. Y anticipo: la obra es una delicia.

Los cuentos de Alejandro son de difícil clasificación, aunque podría adjudicárseles el perfil de *intimistas*, porque es siempre un *yo* el que habla, el que cuenta, sea un niño o un hombre mayor. Y predomina en ellos el erotismo (como en gran parte de su poesía), erotismo que cumple a cabalidad su función: sugiere, no muestra; provoca sensaciones inquietantes en quien lee sin ofrecerle la función completa. ¿Se imagina el lector las turbulencias que suscita en el espíritu de un apenas niño la encomienda de vigilar los baños de su tía?



Alejandro Aura

El volumen que me ocupa no contiene todas las narraciones breves del autor, y sin embargo es un halagüeño botón de muestra; me encanta la titulada “Mi hermana Lola, mi hermanita”, aunque las otras piezas no desmerecen en calidad y poder de provocación. Y debe decirse que varios de los textos que se ofrecen como “varia invención” son cuentos redondos, como “Perro perdido”: ¿qué pasa cuando un perro se va de la casa y se pierde para siempre? El mundo doméstico —y en gran medida el Otro— se resquebraja, deja de palpar al ritmo acostumbrado, y eso es una catástrofe.

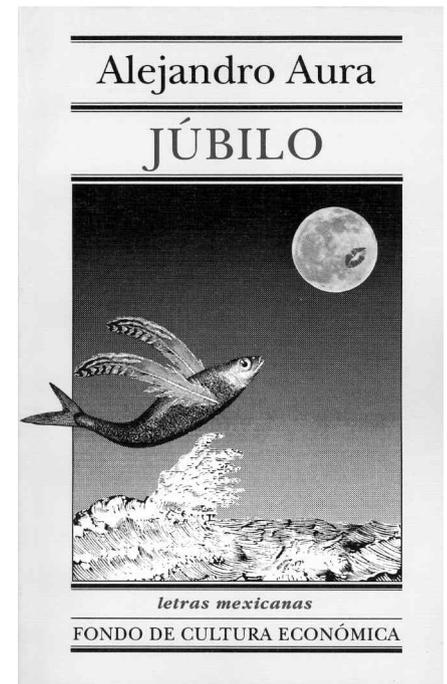
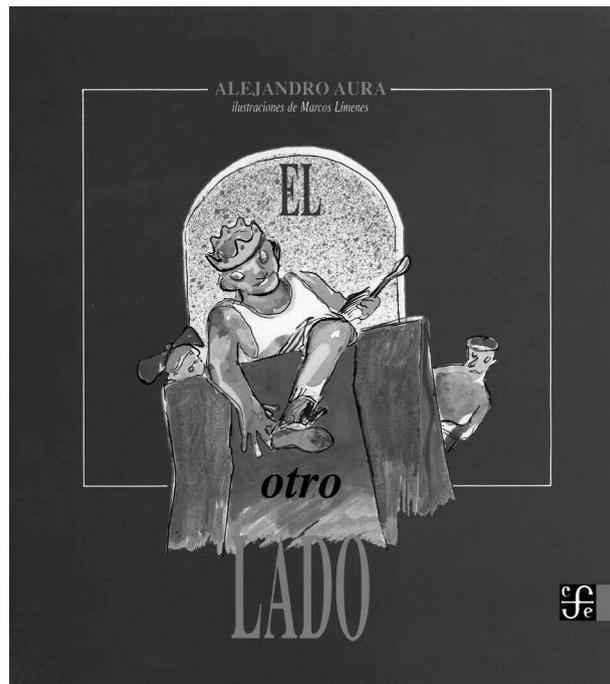
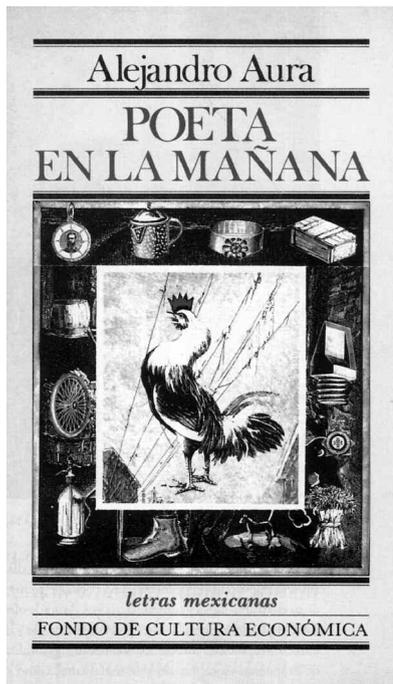
Como indica el título, *Cuentos y ultramarinos* reúne materiales en los que Aura plasma sus experiencias de viajero contumaz, de infatigable caballero andante. Por cuestiones de trabajo o por mero placer, Alejandro recorrió la legua, e incluso vivió varios años en Europa, exactamente en España, y de eso deja testimonios que provocan emoción y hasta envidia.

Y quiero enfatizar que uno de los méritos mayores de los textos de este autor es poner minuciosa atención a las cosas en apariencia inanes, insignificantes. Los árboles, por ejemplo, o un paraguas o la urticaria o la adquisición de una camisa o de un sofá-cama. ¿A quién podrían interesar tales cosas, esos asuntos? Al autor, por supuesto, mas gracias a su fina observación, a su atenta curiosidad y sobre todo a su poder evocativo, hace que nos inmiscuyamos en esas “trivialidades” y les demos otra dimensión.

En distintos episodios, Alejandro hace alusión a la enfermedad que lo aquejó en sus últimos años y que habría de derrumbarlo definitivamente. Son trazos dolorosos, más expuestos con serenidad, sin lamentos ni desgarraduras. Impacta por ejemplo la relación que hace de uno de sus ataques de urticaria: la comezón lo paralizaba, y era imposible rascarse, por órdenes médicas, y mucho menos aplicarse cualquier intento de remedio porque podría aniquilar el tratamiento mayor. En ese sentido es ilustrador “Las cosas provisionales”: Alejandro cuenta que, a su arribo a Madrid, debió comprar un paraguas de dudosa calidad que, no obstante, lo acompañó durante seis años, fiel como un perro, y afirma, en el remate:

Ahora, cuando me veo en la necesidad de pensar en lo que ha de sobrevivirme miro el paraguas y le perdono su precio, le perdono su origen bastardo, el ser tan poquita cosa y sobre todo, le perdono la fidelidad, contraria a su especie, con que se ha quedado conmigo, siempre listo para ser usado, a ver pasar el tiempo.

Sus andanzas por España ocupan buena parte del volumen, pero no son las únicas:



cuenta de sus visitas a distintas ciudades y países solo o en compañía de su familia. En un recado a su hija María (“Sur, María”) evoca con indudable acento nostálgico el viaje de trabajo que debió hacer por Sudamérica, al que por sugerencia de su esposa Carmen se hizo acompañar de su pequeña hija, quien cumplió en esas tierras nueve años. Recuerda el recorrido que hicieron por Buenos Aires, Montevideo y Asunción; su contemplación de las impresionantes cataratas de Iguazú y del célebre Lago de Itaipu. Y la belleza de aquellas tierras y aguas es nada, si se compara con la belleza de la niña, del amor encendido con que la mira el padre.

Alejandro cuenta algo que me sorprende e inquieta. En “De luto el corazón” dice que está escuchando un disco de Olimpo Cárdenas, y recuerda entonces que su padre, Olimpo Aura, le confesó: “ese Olimpo que canta es tu hermano pero yo no lo reconocí porque no quería tener hijos pu-

tos”. El escritor se llamaba Alejandro Olimpo Aura. Éste apunta, al final del texto:

Pobrecito de mi papá que declamaba con voz aguda y lacrimosa y pensaba que un cantante que no fuera barítono tenía que ser puto y me privó de la única herencia que le habría agradecido hasta el éxtasis, la de tener cerca a mi hermano Olimpo Cárdenas.

Como el citado al último, los materiales de *Cuentos y ultramarinos* enamoran a quien los lee, por la nada sencilla razón de que están escritos con una mano en la inteligencia y la otra en el corazón. Y se nota en ellos, a leguas, la estirpe poética de Alejandro: su prosa está rigurosamente vigilada, y por momentos nos olvidamos de que es tal y nos dejamos arrastrar por un río incontenible de poesía, y es que el autor mide cada palabra, toda frase, y les da un ritmo terso y eficaz.

Por lo dicho hasta aquí podría parecer que éste es un libro dolorido, doloroso. Y

lo es en ciertos momentos, en determinados pasajes. Mas otros, en cambio, son totalmente festivos: se nota en ellos el carácter alegre y simpático que Alejandro tuvo en vida, alguien que sabía reírse y hacer reír, incluso a costillas de él mismo. En las páginas de este libro lo vemos jugar con las palabras, y encontrar aristas regocijantes aun en momentos que parecerían no ser propicios para la risa, como aquéllos donde el escritor se ve aquejado por la enfermedad.

Ya que José María Espinasa tuvo a bien publicar estas piezas en prosa, sería magnífico que reeditara la poesía completa de Alejandro. Libros como *Alianza para vivir*, *Varios desnudos y dos docenas de naturalezas muertas*, *Volver a casa*, *Hemisferio sur*, *La patria vieja* y *Poeta en la mañana* contienen la voz de un poeta singular. ■

Alejandro Aura, *Cuentos y ultramarinos*, Ediciones Sin Nombre / Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2009, 329 pp.

Los cuentos de Alejandro son de difícil clasificación, aunque podría adjudicárseles el perfil de *intimistas*, porque es siempre un *yo* el que habla, el que cuenta, sea un niño o un hombre mayor.